

JUNIO 2026

Compendio

Vol. 6



Revista literaria del taller de Ceci Gomez Rosati



ÍNDICE DEL VOL.6

03 Nota de la Editora

Ceci Gomez Rosati

11 Casa Arrasada

De Fátima Viciconti

04 Bienvenidas al turno guardia

De Carlos Barria Oyarzo

15 Diario de un sacerdote

De Isabel Enriquez

07 Color Esperanza

De Ana Figueroa

19 Un llamado para Raúl

De Ana Figueroa



NOTA DE LA EDITORA



Esta edición me llena de alegría. Creo que por un lado es porque me gustan los textos que estás por leer. Pero sobre todo se debe a que con este grupo del taller estoy disfrutando mucho del proceso.

Las autoras y el autor que convoqué para esta edición, empezaron el taller quizás tímidamente, a principios de enero 2026. Imagino que puede haber sido como resultado de alguna de esas promesas que hacemos en las fiestas con objetivos como “voy a empezar el gimnasio” o “este año sí que voy a hacer algo creativo”. Nunca hablamos sobre por qué cada quien tomó la decisión de unirse, ni qué vinieron a buscar. Pero sí sé lo que encontré yo.

Un grupo con una gran sensibilidad, con apertura, con un trabajo hecho en observación sobre lo propio y con respeto y cuidado por lo ajeno. Un grupo con ideas afines que se acompaña y que da espacio para ser vulnerables, para reírse y para curiosear.

Curiosean en las formas, en los temas, indagan y profundizan en las devoluciones hacia los textos de sus compañeras y compañeros. Es un placer ver cómo crece la búsqueda en tema, en recursos, y en inspiraciones.

En este Compendio vas a poder espiar como por el ojo de una cerradura lo que lleva meses gestándose del otro lado de la puerta. Y si en algún momento te dan ganas de cruzarla, los talleres están abiertos todo el año, y hay un lugar para vos.

Te doy la bienvenida.

Ceci Gomez Rosati
EDITORA DE COMPENDIO



BIENVENIDAS AL TURNO GUARDIA

Un texto de Carlos Barria Oyarzo



El hospital es un lugar en el que la gente, en general, no quiere estar. Y menos en uno como éste. Público, pretencioso y decrepito. Con una arquitectura monumentalista, pero desfinanciado. Es como si gritara mírenme, soy maravilloso, pero profundamente desgraciado.

A eso hay que sumarle que la gente que está adentro odia su trabajo mal pago, y quienes vienen a atenderse son siempre enfermos, pobres y beligerantes. Eso termina de cerrar el círculo de aspecto a purgatorio en la tierra.

Por qué sigo acá, se preguntarán. Hay algo en sus pasillos que me hace volver cada día. Ustedes ya van a encontrar las razones de por qué eligieron esta carrera. Al principio todas queremos salvar vidas.

No. Lo de esta madrugada no fue nada. A veces hay que elegir. Somos nosotras o estos desgraciados. Siempre hay alguno que se quiere pasar de vivo.

La primera vez que vine a este hospital y a este mundo, fue cuando me parió mi vieja. Ella sí era desgraciada y pobre, muy pobre. Siempre me contaba que cuando nací tardaron en despertarme, porque había tragado mucho líquido amniótico. Esa palabra la aprendí muchos años después. Mi vieja me decía que -había respirado sangre-. Era bruta.

Desde que tengo uso de razón la sangre y el peligro, cosas que casi siempre van de la mano, me llaman. La sirena de la ambulancia me enciende.



A los seis años volví a este lugar. Esta vez con una quebradura expuesta de tibia y peroné. Yo no me quebré a propósito, pero hay algo de eso que busqué, ¿viste?. Las zonas bajas de las piernas no sangran mucho. Es solo al principio, con el corte superficial, y enseguida viene la grasa subcutánea, algo de músculo rosado blancuzco y el hueso blanco como diente.

Ese día quedé hipnotizada en la apertura de mi cuerpo. Un hueco en mi piel que puede llegar a ser tan profundo como el dolor. El olor a sangre es metálico.

Cuando un cuerpo se rompe, los tejidos se desgarran y dejan ver de qué estamos hechos. Huesos frágiles como rocas de arcilla dura. Músculos blandos como goma, pero resistentes como cinto de cuero. Sangre líquida y viscosa. Y la parte más interesante y diversa, las vísceras que conforman todo el tejido blando.



Perdón, no las quiero asustar. Siempre hay alguna colega impresionable. Es que trabajo en esta guardia hace 30 años. Emergentóloga, o como nos dicen las de los otros pisos –enfermeras de guardia–. El tema es que a los seis descubrí el dolor. El dolor y el olor. El olor a la sangre, a cuerpo abierto, sobre todo cuando se mezcla con yodo, antisépticos y gazas recién abiertas. Ahí se produce la magia.

Pero la gente a veces me revienta. Los amordazaría para que dejen trabajar tranquila, che. Por suerte siempre trabajo con un milico al lado, porque nunca falta el desgraciado que se arrebatata. Nunca sabés en qué momento te clavan un puntazo o empiezan a los tiros. Igual a mí no me da miedo, mientras yo pueda trabajar tranquila.

Después de esa quebradura expuesta a los seis, empecé a buscar la sangre, los cuerpos abiertos. De mis hermanos, yo era la saca-granos. Si había que meter “la gotita” en alguna herida, yo ahí estaba. A los dieciséis empecé a cuidar viejos en el barrio. A los dieciocho ya era especialista en poner pichicatas, lavar mierda y curar heridas. El olor a viejo y sangre es como a saliva y un dejo a dulzón. Hay que hacerlo a cara de perro, no más.

Perdón, me fui por las ramas. Es que en estos pasillos me siento viva. Igual en el barrio siguen buscando para algunos trabajitos, inyectables o curaciones. A veces me dejan viejos que ya no pueden cuidar en sus casas. Yo los acepto, porque si no me aburro sola.

Tengo una piecita en el fondo. Ahí los tengo hasta que les llega su hora. Era la piecita de mi vieja. Ahí la tuve sus últimos años, en los que no se podía sola la pobre. He tenido hasta tres viejos al mismo tiempo.

Entre las guardias y los chicos en casa, me entretengo, ¿viste? A veces creo que podría hacerlo sin cobrar.

Lo de esta madrugada fue lindo. Ni los milicos estaban. El desgraciado gritaba como chanco en matadero, che. Cuando lo estaba por suturar me empezó a pechar, que quería anestesia el señorito. Y me gritaba. Saqué el cloroformo que tengo siempre a mano y le di. Cuando no entran en razones hay que dormirlos. No te queda otra. Hay que cuidarnos entre nosotras. Eso sí, no se les tiene que pasar la mano con la dosis.

Los pobres vienen acá para no sufrir tanto o para no morir. Eso para mí es secundario. El momento en el que entro en contacto con la carne abierta es lo que me hace volver. Que sé yo, mañas de cada una, ¿no?.

Escuchen. La sirena. Lávense las manos y pónganse los guantes que ingresa uno.



COLOR ESPERANZA

Un texto de Ana Figueroa

Egresé de la primaria en el año 2001. Para ser más específica: diciembre de 2001, en Argentina. Saqueos, balas de goma, represión y bancos cerrados, eran cosas que en ese momento escuchábamos todos los días en los medios, aunque no entendía demasiado todo el contexto. Tenía quince años y tres por delante en el polimodal. Mi cabeza pensaba cómo en medio de todo este humo, yo comenzaría las clases en mi nueva secundaria.

Una mañana cuando me desperté, me enteré que mis papás no habían dormido en toda la noche por miedo a ser saqueados en su almacén. Nuestro almacén, en el que trabajábamos todos. No había nada para saquear ahí, pero era todo lo que teníamos.

Los rumores de que venían desde otros barrios a saquear las casas de José C. Paz ya había escalado demasiado alto. Los vecinos en las esquinas preparaban tachos de lata y combustible con bombas molotov listas para arrojar si era necesario. Las molotov eran botellas de vidrio con nafta adentro que, para activarlas, solamente había que encender un papel o trapo. Era un arma de defensa casera. Un grupo de vecinos organizados vino a buscar al almacén botellas vacías. Teníamos algunos cajones de gaseosa retornable que podríamos haber cedido, pero mi mamá no quiso ser parte de eso y no las entregó.



No sé cómo esperábamos defendernos si llegaban a nuestra casa. Quizás mis papás tenían un plan que no nos contaban a mi hermano y a mí para no asustarnos, no lo sé. Esa noche todo el barrio estuvo despierto. A veces a los rumores se le sumaban cortes de luz, y aparecía entonces el temor a ser saqueados en plena oscuridad.

Pasaban los días y mi principal preocupación seguía siendo el comienzo de clases. O más concretamente, toda la ropa que me tenían que comprar. Uniforme completo para el nuevo colegio secundario al que había entrado con una beca del 100%. No tenía zapatos: los del colegio anterior no aguantaban más pegamento y la suela partida ya era impegable. Ni siquiera podía reutilizar las medias porque las nuevas eran bodó y las anteriores azules. Necesitaba también la chomba blanca con el logo, una pollera escocesa tableada que siempre había querido usar, y el uniforme de gimnasia completo: un joggin en paleta con un buzo bordó, y una remera blanca. Cuánto podía preguntar de marzo, si diciembre no terminaba. Nos estábamos comiendo lo que no podíamos vender por temor a ser robados. Los días tenían 60 horas: no había clases, no nos dejaban salir a ningún lado, y claro que no teníamos cable. Los canales de aire hablaban de lo mismo: anunciaban que teníamos un nuevo presidente y al día siguiente aparecía su renuncia.

Una tarde subí a la terraza de mi casa a escondidas mientras mis papás estaban atrincherados en el almacén, y vi a mis vecinos que desfilaban con heridas de balas de goma en la espalda. Alcancé a

ver la sangre desde lo alto. Las espaldas cubiertas de moretones violetas. Parecían doler demasiado. Escuché que habían ido a saquear un supermercado y la policía les dió. Tenían mi edad, pero no eran mis amigos. Mi papá no me dejaba hablar con los chicos del barrio. Uno se dio vuelta y miró para donde yo estaba. Me escondí rápido y el corazón me latió fuerte. Bajé rápido a la casa.

Llegábamos a los últimos días de diciembre y mi uniforme seguía sin aparecer. Las horas y el calor eran interminables. Los cortes de luz impredecibles. Una noche nos dejaron dormir en la terraza, para pasar la noche más fresca. Nos tapamos hasta la cabeza para evitar los mosquitos. El barrio estaba en un silencio total. Era raro tanto silencio. Parecía que todos estábamos conteniendo la respiración. La noche siguiente conseguimos un espiral Fuyí.

Pasamos año nuevo en la terraza los cuatro, y mi mamá insistió con que brindemos igual. No habíamos podido reunirnos con mis abuelos, ni hablar por teléfono porque habían cortado y robado los cables del barrio. Mis abuelos eran la esperanza que me quedaba para conseguir el uniforme, que todavía no estaba.

A pesar del riesgo, a fines de enero mis papás abrieron el almacén. Atendían por una ventana mínima, y ni mi hermano ni yo podíamos bajar a atender como siempre habíamos hecho. Había riesgo en abrir, pero vender era urgente.

Febrero llegó y a finales de ese mes mi papá apareció con una bolsa gigante.

Chomba, pollera, equipo de gimnasia y hasta una campera para el invierno. ¿Cómo hiciste?, Pensé, pero no me animé a preguntarle. Yo sabía que no había plata para todo eso.

—Son los últimos talles, así que no tiene cambio, pero te va bien, ¿no?. Este año en el colegio hay otro uniforme nuevo. Este es el del año pasado, pero lo podés usar igual. Estaba rebajado.

Su sonrisa y su satisfacción no me permitieron decirle que yo quería el uniforme nuevo. El que tendrían todos los demás. Tampoco le dije que la remera me iba a quedar gigante. Más bien pensé en llevársela a mi vecina Dorita para que me lo achique. Si tenía suerte no me lo iba a querer cobrar. Yo insistiría en pagar con plata que no tenía. Prendí el grabador, pero ya no funcionaba para escuchar cassettes, en la radio sonaba Diego Torres cantando Color esperanza.



**Si lo que leíste
hasta ahora te
dio ganas de
escribir tus
propias
historias, en el
taller hay un
lugar para vos**

Escribime a @Chechi_Ros

CASA ARRASADA

Un texto de Fátima Viciconti

Era un día nuevo y el sol había salido otra vez. Entreabrió un poco los ojos y se dio cuenta que era de día por el reflejo de luz que entraba desde el living. Había dejado de levantar la persiana de la ventana, pero con el patio que daba a la sala de estar no le quedaba otra, el perro necesitaba un lugar donde evacuar. Apretó los ojos y tomó bien fuerte la fina sábana entre sus dedos. No quería levantarse, pero en poco tiempo iba a escuchar las uñas del perro contra la puerta, pidiéndole salir. También había dejado de pasear a su perro. Al pobre sólo le quedaba el patio, cuyo olor era tan parecido al de un container todo un día al sol en el verano.

Ya no le interesaba limpiarlo, tampoco. Buscó a tientas sus anteojos redondos y se levantó lentamente, para luego arrastrar los pies y rodear sutilmente la basura que se había juntado en el pasillo entre su habitación y el baño. Encendió la luz y la imagen que le devolvió el espejo lo repugnó. Se tocó la barba, larga como la de un mago de cuentos, sucia como un vagabundo y suspiró. Tocó su melena rubia, que alguna vez supo encandilarla, pero ahora era una pajosa resina que formaba unas improvisadas rastas. Fijó su vista al frente, en sus ojos, verdes como el musgo, que le parecían desagradables después de jurar y perjurar con ellos que no decía mentiras.



Sintió una puntada en el estómago y no recordó la última vez que había comido. No estaba seguro si era por el hambre o por el disgusto que le daba verse así, o simplemente verse. Fijó su mirada en el vaso que sostenía los dos cepillos de dientes. Tragó saliva y percibió un nudo en la garganta, pero reprimió las ganas de llorar.

Apagó la luz y salió del baño. Su perro levantó la cabeza y lo miró desde su cuna de mimbre. Sentía que también le estaba reprochando que ella no esté. Sentía que lo miraba con desagrado. Otra vez la puntada, pero esta vez en el pecho. “Quizás de una buena vez me voy a morir”, pensó.



“No lo pensaba con claridad pero parecía que su cuerpo era lo que quería. Dejar de respirar. Apagarse.”

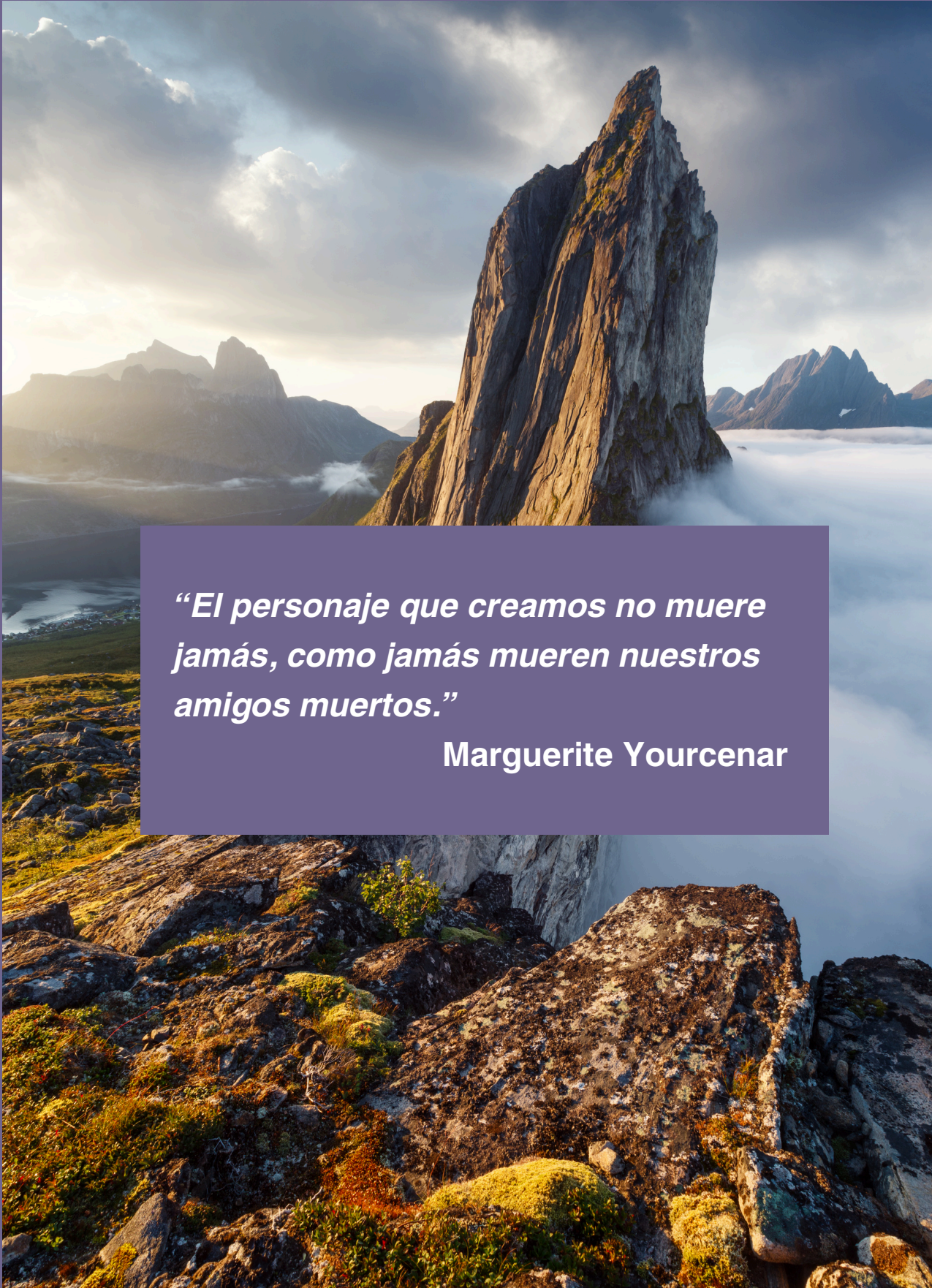
Me voy a morir. Eso le había dicho a ella la última vez que la vio. Si te vas me voy a morir, le gritaba entre lágrimas, intentaba sujetarla del brazo, la quería abrazar con fuerza, besarla hasta que se olvide de su confesión, encerrarla si era necesario. El recuerdo era borroso, intocable, sólo su mente le traía sus emociones. Esas ganas irrefrenables de volver a verla. Ese deseo inhumano de poder regresar el tiempo atrás, de borrar lo que había hecho.

Comenzó a llorar. Primero de a poco, en silencio. Luego, a los gritos tomándose el pecho. El dolor lo penetraba como una herida que no se curaba nunca. Tiró su cuerpo hacia atrás y cayó sobre la pared, completamente exhausto y derrotado. Sentía que se ahogaba, intentaba respirar, pero a veces jugaba con no hacerlo. No lo pensaba con claridad pero parecía que su cuerpo era lo que quería. Dejar de respirar. Apagarse.

Se quedó allí un largo rato hasta que se secó la última lágrima de su mejilla. Su perro en ningún momento se acercó. Ya era parte de una rutina. Apoyó las palmas contra el piso para impulsarse del suelo y volvió a dirigirse a la cama. Sacó la sábana de arriba y se acostó. Sollozó un poco y, entre ropa sucia y paquetes vacíos sobre la cama, tanteó en busca del celular. No quería hablar con nadie, pero siempre lo miraba por si acaso. Pero

siempre lo miraba por si acaso. Pero el caso es que no había ninguna llamada ni ningún mensaje de ella. Reprimió las ganas de estamparlo contra el suelo y cerró los ojos con fuerza. Mientras se estaba volviendo a quedar dormido, un ruido conocido lo exaltó. Escuchó cómo se golpeaban las llaves de la puerta contra el cerrojo. Casi al instante su perro saltando y ladrando, preparándose para recibir a alguien.





“El personaje que creamos no muere jamás, como jamás mueren nuestros amigos muertos.”

Marguerite Yourcenar



DIARIO DE UN SACERDOTE

Un texto de Isabel Enriquez



5 de agosto

Después de las fiestas patronales, el pueblo se inunda en una absurda calma. Es normal, todas sus energías las agotaron en los preparativos y en el baile. Ahora deben estar dormidos o tirados en las banquetas abrazando sus latas de cerveza vacías. Una gran celebración con grandes recuerdos. Lo lamentable, después de la fiesta la gran mayoría de los que asistieron a las misas no regresan hasta otra fecha importante.

9 de agosto

La preparación de las misas, las juntas con el personal o las pláticas con los feligreses son el golpe de realidad de que la euforia de la festividad se acabó y vuelve la rutina agotadora. Otro año pasó. Llevo nueve años siendo párroco. Nueve años repitiendo el mismo ciclo. Pido perdón a Dios y que no me malentienda, yo amo la tarea que me ha encomendado, pero no creo soportar otro año tan aburrido y monótono.

11 de agosto

Durante las confesiones, un hombre me ha perturbado. Su voz no la recuerdo de otras ocasiones. Esta sonaba vieja y ahogada por el alcohol. No conozco a la mayoría del pueblo, menos a los borrachos. Seguro sintió que estaba a fines de sus días por el alcoholismo y quiso reconstruir su relación con Dios padre. No dijo sus pecados, solo hizo preguntas básicas curiosas. “¿Dios perdona?, ¿Dios nos ama a todos?, ¿Dios me perdonará mis pecados?, ¿Tengo salvación?, ¿Es real el infierno?, ¿Me iré al infierno?”. ¡Pobre hombre! sentí lastima por él y respondí cada una con calma, aunque su insistencia me hartó al final. Robó el tiempo de otros y las confesiones duraron más de lo normal. Tal vez el pobre estaba tan avergonzado de hacer estas preguntas que habló ocultando su cara y no pidió hablar conmigo en privado.

13 de agosto

El gobierno del pueblo habló conmigo junto con la fiscalía para darme las noticias de los últimos días. Los conozco de años, yo casé a uno de ellos y a sus hijos. Enterré a sus familiares. Me tratan con familiaridad y no tienen pelos en la lengua para contarme los chismes del pueblo; En la calle cinco peleando otra vez por estacionar sus autos. La señora Flor volvió a tirar el agua al dejar la llave abierta toda la noche y se puso loca al no aceptar su multa. El señor de la tienda de abarrotes y el señor Jesús se agarraron a golpes porque ninguno quiso pagar una herramienta perdida.

Me enteré de todo esto entre risas y ellos con cerveza. También comentaron lo que pasó durante la fiesta: muchos visitantes de fuera, gran número de ventas, la feria y la banda. Lo normal de todos los años. Lo que me pareció anormal fue su silencio, ellos nunca se callan. Y la mirada que se dieron, pesada, como de quien es cómplices de malas noticias. Pensé que habían sido atrapados por sus esposas en una infidelidad. No que durante la noche del festejo una persona falleció. Eso no había pasado en años. Fue un viejo. De él no puedo hablar mucho, conocí mejor a su esposa. Ella falleció hace años, y en vida asistió puntual a cada misa y daba servicio a la comunidad tanto como le era posible. Una buena mujer que sufría el castigo de cargar un esposo alcohólico. Le dio los sagrados sacramentos a sus tres hijos, y estudios. Ahora ellos tienen sus vidas a parte y solo quedaba el viejo vagando por las calles con su botella. Seguro los veré de nuevo para el entierro.



14 de agosto

La noticia del fallecido se ha esparcido entre las personas y se susurra entre las calles. Se rumorea que fue un infarto, la presión o la diabetes; un desenlace esperado por el abuso del alcohol.

Lo alarmante fue que haya sido en la calle y en estas las fechas. No quieren imaginar que un día tan importante y alegre se manche de muerte.

Familias caminando, personas comiendo, niños jugando y un muerto al lado. Los entiendo. Han venido a misa o a buscarme por noticias. Yo solo digo lo mínimo posible: consolarlos y trato de aliviar sus penas. Que Dios tiene un plan para nosotros y la muerte no es algo que podamos controlar. Los invité a dar un rosario por la alma del difunto. Nunca habían venido tantas personas. Incluso se organizaron para dar pan y café. Van a venir a orar todas las tardes. Dios, ¿Qué sucede conmigo al

sentir alegría por todo lo que causó una muerte? ¿Soy acaso un monstruo sin corazón que usa tu nombre y predica?

Lo conocí y no. No recuerdo su nombre más sí su rostro, sé su historia y su terrible desenlace. Sin amargo, ninguna lágrima ha caído de mis ojos.

Vino fiscalía en la noche. No habrá funeral. Se llevaron el cuerpo al pueblo próximo para examinarlo. No fue muerte por enfermedad; le encontraron un piquete de cuchillo en la espalda. Es un caso de homicidio. Perdóname señor.

19 de agosto

Los rumores de un asesinato ya han salido. La gente teme. Se organizan para vigilar en las noches. Hacen grupos para acompañar a los niños a la escuela, iluminan la calle. Incluso han hablado de cerrar el pueblo. Hay demasiado movimiento.

28 de agosto

En las confesiones ya casi nadie habla de sus pecados; cuentan sobre los *posibles culpables*, sus sospechas y sus miedos. Están paranoicos y solo yo, intermediario de Dios, les puedo dar la calma en su fe.

Su fe es lo que los sostiene y les da la esperanza de un mañana. El consuelo de sus muertos. Y cuando sientan que la vida se les escapa, rezarán por una nueva oportunidad al creador o un perdón para un descanso tranquilo.

Cuando estaba por irme, alguien golpeó y pidió una última confesión, reconocí esa voz. El hombre viejo con la dudas sobre el cielo. Al parecer aún no muere. Parece que le alegró que le haya reconocido; soltó una risa seca y dolorosa, de aquellos que tienen los pulmones dañados por el tabaco y ya reír suena más a una agonía que a un grito de victoria. Le hice varias preguntas de su vida, no respondió ninguna, se quedó en silencio un largo rato.

—Padre, ¿Dios perdona?

—¿Por qué repite la pregunta pasada?

—¿Dios lo ve todo?

Le dije que sí.

—¿Dios nos ama?

—A cada criatura porque somos su creación.

—¿Incluso al asesino?

No pude. No sé cómo responder a eso.

—¿Dios ama a los que matan? ¿Dios ama la guerra? ¿Perdona a los asesinos porque también son sus hijos?

—¿Por qué me preguntó eso? —Me quedé mudo. Escuché como se levantó y dijo:

—Gracias padre, lo veo en el rosario de las cinco. Y se fue.

30 de agosto

Han llegado policías de pueblos vecinos a colaborar. Encontraron un segundo cuerpo, ahora es un adulto. Otro borracho que amanecía con una cobija encima tomando una cerveza. En las tardes estaba sentado afuera de las tiendas tomando.

No muchos lo conocieron sobrio. Su mujer está llorando a mares siendo sostenida por su nuera y consolada por su hijo adolescente. Los policías vinieron a la iglesia, rostros nuevos y los rostros conocidos. Me preguntaron si se algo.

—No, no sé nada. Dios lo tenga en su santa gloria, rezaremos por él en el rosario de mañana.





UN LLAMADO PARA RAÚL

Un texto de Ana Figueroa

Hace unos días que en casa veía movimientos raros de mis esclavos. Más raro aún me resulta que nadie me pidió permiso para poner en cajas y bolsas nuestras cosas, o solo mías, pero que ellos también usan.

Escuchaba que hablaban sobre lugares que

no conozco, pero como no me informaban no creía que se atrevieran a hacer algo sin antes preguntarme.

Tendría que haberme dado cuenta, porque estuve días durmiendo siestas en cajas, un poco porque me gusta y un poco porque no tenía lugar casi donde dormir.

Yo pensé que estaban ahí sólo para satisfacerme, estaba disfrutando el momento.

No pensé verme ocupando un lugar entre cajas en esta otra caja gigante que tiene ruedas. Estoy en una prisión pequeña, antes de salir de mi reino me hicieron ir al baño. Me engañaron como a un simple niño, me dieron de comer churus. Yo creía que era mi día de suerte, pero después de haber sido embaucado, me metieron en la prisión y me trajeron a esta caja gigante que hace ruido y se mueve.

Mi Karen macho mira para adelante todo el tiempo y pregunta cómo estoy. Mi Karen, toma esa agua que ponen en un vaso con pasto. A mi sólo me gusta el agua fresca de la heladera o del bidón. Quiero ir a casa.

Sigo acá rodeado de cajas y lloro lo más fuerte que puedo. Por momentos me canso y me callo, y por otros momentos hago con mi garganta ese sonido gutural en el que invoco a "Raúl". Mi Dios. No lo conozco, nunca lo vi. Sólo oí hablar de él a mi mamá cuando era un pequeño. Ella dijo que cuando me encuentre en apuros lo llame. Y así estoy haciendo pero Raúl no parece estar disponible. No sé si hay algún código mágico que tengo que marcar. ¿Será maullido, Raúl, maullido? ¿O maullido, maullido, Raúl?

Hace muchos momentos que estoy acá, había sol, ahora está más oscuro. Estoy cansado de llorar. Mis planes de manipulación no funcionan con los Karens. Me voy a dormir una siesta y después veo cómo sigo. Siempre digo estar estresado. Esta vez es verdad.

La caja grande paró en una casa que no es la mía. No sé porqué bajan nuestras cosas, yo no los autoricé. Karen llevó mi prisión a la casa. Abrió la puerta. Tengo miedo. Prefiero no salir. Quizás si me quedo acá se den cuenta que no me gusta y nos vayamos a casa.

Otra vez estoy rodeado de cajas, ¿de vuelta quieren jugar? Están ignorándome. Tengo miedo, pero dejaron al lado de mi prisión una caja abierta. Ya planeé todo, me meto ahí dentro y me llevan a casa de nuevo.





GRACIAS POR SUMERGIRTE EN LA LECTURA DE ESTE COMPENDIO

Si querés sumarte al
próximo grupo, escribime a
[@Chechi_Ros](#)